

## *En el centenario de Altamira* *(1868-1968)*

No podemos dejar pasar la fecha del Centenario del descubrimiento de la cueva de Altamira sin dedicarle unas líneas de recuerdo y, al mismo tiempo, recordar la enorme deuda que los prehistoriadores españoles tenemos con el primer gran monumento de arte rupestre paleolítico.

Considero que 1868 es una fecha capital para nuestra Prehistoria, pues, si bien el descubrimiento sensacional de las pinturas llegaría años más tarde, en 1879, creo que hay que partir del momento en que un perro seguido por un cazador encontraron en su camino una cavidad tapada por la maleza: Altamira. Desde este momento, se puede decir, Altamira entra en la Historia por la puerta grande. Entrada que no le fue nada fácil, ya que tropezó con la incomprensión, la desconfianza y la suficiencia de engolados científicos, que en el famoso Congreso de Lisboa pusieron en entredicho el contenido de la cueva y la integridad científica de sus defensores. Pero todo aquello pasó y Altamira ha quedado como testimonio palpable y visible de la actividad artística del hombre del Paleolítico superior. Desde su morada del Gran Techo, bisontes, caballos, ciervos y jabalíes, nos miran y observan, al romperse la oscuridad milenaria del antro, con sus ojos inmóviles y brillantes, en los que quisiéramos ver reflejada la imagen —diminuta y traslúcida— de los artistas que crearon estas maravillas. Pero los animales siguen inmóviles en su Gran Techo sin decidirse a entregar a los visitantes su profundo secreto.

Dentro de unos años, como ya hemos dicho, se cumplirá el otro centenario, el del descubrimiento de las pinturas altamireñas y sería cuestión de ir preparando para entonces la gran obra que el arte de Altamira está pidiendo: la edición de todos y cada uno de los numerosos grabados y pin-

*turas que la cueva contiene. El esfuerzo de Sautuola, Cartailhac, de Breuil, de Obermaier y de Carballo fue enorme y gracias a ellos Altamira es conocida en todo el mundo. Ese esfuerzo puede ser hoy superado, ya que contamos con mejores medios de trabajo y reproducción, que son mucho más fieles al original, cosa que permitiría a los especialistas un análisis más detenido de cada figura y una comprensión más fecunda de la totalidad de las mismas. Naturalmente, tal obra sería una labor de equipo, del que deberían formar parte desde investigadores en arte paleolítico hasta fotógrafos especializados. El año 1979 está, como quien dice, llamándonos a la puerta. Valdría la pena que fuésemos pensando ya en la realización de tal obra y buscando a los hombres más idóneos para llevarla a cabo.*

*La Dirección General de Bellas Artes y el Patronato de las Cuevas de Santander serían los organismos más indicados para poder conjuntar el equipo investigador y subvenir a las necesidades económicas que tales investigaciones originasen. Esperemos que ambos organismos recojan la idea y no nos suceda lo que ahora con este primerizo centenario del descubrimiento de la cueva, para el que no ha habido más conmemoración que la promovida por una entidad particular —el Instituto de Antropología Aplicada— que ha tenido la no pequeña ventaja de ser respaldada por el Ateneo madrileño.*

*Pero mucho me temo que todo ese misterioso fluir de vida que se desprende del Gran Techo de Altamira se quede tan sólo en misterioso y no logremos nunca pasarlo a la vida real de un gran libro.*

F. JORDÁ CERDÁ